

Molinos harineros en la comarca Andorra-Sierra de Arcos

Josefina Lerma Loscos y M.^a Ángeles Tomás Obón
Fotografías de M.^a Ángeles Tomás



Molino Bajo del Guadalopillo, Ejulve.



Luis García Galve, último molinero de los molinos Alto y Bajo del Guadalopillo en Ejulve, posando junto al cárcavo del molino Alto.

El patrimonio industrial de la comarca Andorra-Sierra de Arcos es más variado de lo que pueda parecer. Junto al legado minero perviven diversas estructuras preindustriales relacionadas con las actividades agrícolas. Antiguos molinos, almazaras y bodegas son prueba de la transformación de los cereales en harinas y de la elaboración de aceite y vino que se llevaba a cabo en las poblaciones. En estas páginas, y en las que aparecerán en sucesivas entregas, vamos a fijarnos en los molinos harineros. El objetivo es identificar su emplazamiento (de algunos apenas quedan vestigios), describir sus características y recuperar, sobre todo, su historia reciente, contada por los últimos molineros. Antes de llegar a ello, vamos a recordar brevemente el pasado más remoto.

Los molinos harineros adquirieron en España una enorme importancia a partir de la Edad Media ante el creciente papel del pan como base de la alimentación. Su construcción corrió por cuenta de nobles, instituciones eclesiásticas y órdenes militares, que los utilizaron como uno de los principales mecanismos de dominio señorial. Los vasallos tenían la obligación de acudir al molino del lugar y de satisfacer un pago que se denominaba maquila, un porcentaje de la molienda. Era un lucrativo monopolio que dejó tras de sí rebeliones y pleitos entre señores y campesinos, a veces relacionados con los regadíos que dependían de los mismos azudes y canalizaciones que el molino. Las condiciones de propiedad y uso apenas variaron hasta el siglo XIX, cuando tras las sucesivas leyes desamortizadoras pasaron a manos de artesanos y burgueses. Su explotación resultaba atractiva porque constituían una buena fuente de ingresos.

Se edificaban en las márgenes de los ríos, no se diferenciaban mucho de las casas de los pueblos. Su funcionamiento es siempre similar. Mediante un azud o presa construida aguas arriba se desviaba el agua y se conducía a través de una acequia o canal hasta la zona superior del molino. El agua se represaba en una balsa de almacenamiento (o en un cubo cilíndrico), desde donde se hacía descender a gran velocidad por un estrecho conducto a la parte baja del molino, a una galería conocida como cárcavo. La fuerza del agua empujaba las palas de una rueda hidráulica —rodezo— que transmitía el movimiento a lo largo de su eje a una muela de piedra. La molturación produce esa piedra superior o volandera girando sobre la inferior o solera, que está quieta. La calidad de la harina, y por tanto gran parte del éxito de un molino, dependía de sus piedras, que requerían un mantenimiento constante. Por su volumen y peso exigían mucho esfuerzo e ingenio para su transporte. Las que procedían de la localidad francesa de La Ferté, con fama de ser las mejores del mundo, empezaron a llegar a esta comarca a finales del XIX.

En ese siglo se levantaron nuevos molinos o se ampliaron los existentes con más juegos de muelas y procesos de limpia y cernido de la harina, con avances como clasificadores del grano y divisores de harinas. Sin embargo, en el XX, la llegada de la electricidad iba a permitir el desarrollo de grandes fábricas harineras, más eficaces y rentables, y su implantación supuso el principio del fin de los molinos rurales. Algunos de ellos fueron reconvertidos en centrales hidroeléctricas, en esta zona hay ejemplos significativos.

En los años de posguerra se crearon organismos como el Servicio Nacional del Trigo (SNT) para fijar precios, cupos de entrega obligatoria y cuotas de molturación de los cereales. Esta rígida

intervención propició la aparición de un mercado negro en el sector harinero que aún es recordada por los molineros.

Los molinos tradicionales han sido abandonados, aunque algunos se restauran con fines didácticos o como segundas residencias y casas rurales. Están instalados en lugares evocadores, un poco alejados de los pueblos, entre vegetación y bonitos senderos. En busca de los antiguos molinos vamos, pues, a recorrer la red hidrográfica de la comarca. Comenzamos en el río Guadalopillo, en su paso por tierras de Ejulve.

Los molinos del Guadalopillo en Ejulve

Caminando por el GR 8.1 en dirección a Molinos, siguiendo el curso del Guadalopillo, aguas abajo del casco urbano de Ejulve, en poco más de media hora llegaremos al molino Alto y, si seguimos poco más de un kilómetro, al molino Bajo, ambos situados en la margen izquierda del río. Cabe destacar la belleza del entorno y su aislamiento. El Guadalopillo discurre en esta zona bastante encajado por el estrecho valle que ha labrado, rodeado de carrascas y rebollos; las pequeñas huertas del fondo del valle están abandonadas y la asilvestrada vegetación lo envuelve todo.

Afortunadamente, desde hace un par de años el nuevo propietario de ambos molinos está realizando tareas de desbroce, consolidación y restauración en el molino Alto. Este es un edificio de dos plantas y tejado a un agua, con una gran portada en forma de arco de medio punto con grandes dovelas que ha quedado a la vista tras la eliminación de un añadido en esa fachada. Se conserva en buen estado el cárcavo y la balsa de piedra. Destaca una ventana conopial en una de las fachadas. En su interior se conserva la maquinaria en bastante buen estado y sorprende la chimenea de piedra de gran tamaño. Todo nos hace pensar que ha sido un molino importante y muy antiguo.

El molino Bajo presenta mayor grado de deterioro, pues parte del tejado se ha derrumbado sobre el interior, al que se accede por una puerta adintelada. La maquinaria ha quedado bajo los escombros. Es un edificio de planta rectangular, con tejado a un agua y edificado en ladera para adaptarse al desnivel. Los chopos y la vegetación circundantes, que dibujan una bonita estampa en el otoño, impiden el acceso a su interior. En el exterior la balsa es perfectamente visible.

Casi todas las localidades contaban con su propio molino y muchas con varios. Su número guardaba relación sobre todo con las disponibilidades energéticas. Un cauce escaso y discontinuo implicaba la construcción de varios molinos de pequeño tamaño, por ello por esta zona es frecuente encontrar en los pueblos un molino Alto y un molino Bajo, que molían uno detrás de otro aprovechando el mismo caudal.

Las primeras referencias escritas sobre los molinos harineros de Ejulve datan de 1730. Se tiene noticia de que por entonces el ayuntamiento pidió licencia para la construcción de un azud en un punto del cauce del Guadalopillo que se conoce como el Estrecho. La obra permitiría recoger agua para aumentar la capacidad de moler grano de los dos molinos. Aunque iba a beneficiar a los vecinos y a doblar los ingresos municipales por el arriendo, el proyecto no salió adelante.

Otra fecha relevante es 1856, cuando los molinos Alto y Bajo de Ejulve fueron desamortizados en pública subasta. Los adquirieron los hermanos Garzarán por 35 300 reales.

Hasta bien entrado el siglo XX poco más se sabe del devenir de estos molinos. Así, según las matriculas industriales sabemos que en 1933 la piedra del molino Alto contaba con cernido eléctrico. De aquí también se deduce que a partir de 1939 estaba en manos de Sebastián Galve Temprado.

A finales de los años 60 la actividad de ambos cesó, el abandono y el olvido se apoderó de ellos. Por fortuna, contamos con el testimonio del último molinero, Luis García Galve, nieto de Sebastián Galve Temprado, que nos acompañó hasta el molino Alto una tarde del pasado mes de noviembre y allí estuvimos charlando sobre la vida y el trabajo en el molino.

Luis —como su madre, Amalia Galve— nació en la casa del molinero, al otro lado del río, frente al molino. Allí vivió los primeros años de su vida. A los 12 dejó la escuela y empezó a trabajar como molinero junto a su abuelo, Sebastián, que le enseñó el oficio.

Su abuelo también nació allí, pero en el molino, donde vivía. Cuando la familia creció, su abuelo hizo la casa al otro lado del río, donde nacieron ya su madre y sus tíos.

Luis nos cuenta que molían harina para pan y para pienso: “Yo he molido maíz, trigo, cebada, centeno y avena para pienso; trigo para pan y también hacíamos sémola con trigo duro florecia aurora, que es un trigo sin raspa. Era grano gordo”. Además de moler había que hacer labores de mantenimiento: “Cada año se sacaba la piedra y se picaba y le dábamos la vuelta. Era la rutina”. No solo se molía para la gente de Ejulve, allí también iban de La Zoma, de Molinos y de las masadas, que entonces estaban todas habitadas: “Muchos de los que venían de fuera a moler se quedaban allí a dormir. Y se llevaban ya lo molido. Se molía por la maquila, un porcentaje de lo que se molía. Creo que era el 20 %. Ese era el cobro”.

Aunque bajaba más agua que ahora por el río, esta no era suficiente, por ello utilizaban el molino Bajo, también de su abuelo, para aprovechar el agua que una vez empleada en el Alto se canalizaba hasta el Bajo y se reutilizaba. Recuerda que su abuelo molía en el de arriba, que se quedó para pienso, y él en el de abajo,

que era mucho más moderno y molía para harina, aprovechando el agua de uno a otro. En el verano cuando no bajaba agua a la balsa porque la utilizaban para regar —“Entonces todo eran huertas”, apunta Luis— su abuelo utilizaba un motor de gasoil que acopló a la maquinaria. Era un motor de un barco, de un pistón.

Cuando habla de su abuelo, a Luis, se le ilumina la cara: “Mi abuelo era muy moderno. Iba a ferias y cuando sacaban alguna cosa nueva la copiaba y hacía él mismo las máquinas. Él se hizo la máquina para quitarle las pieles al trigo, la cernedora que era poligonal de golpe. La puso en el de abajo. También había una limpiadora. En el molino antiguo, el Alto, se molía, pero no se cernía la harina, cada uno se la cernía en casa”.

Luis explica el procedimiento que se seguía con el trigo: “Se separaba el *salvao*, la cabezuela, la harina y el almidón. El centro del trigo es el almidón, luego está la harina flor, la cabezuela y luego el *salvao*. Esto había que separarlo. En el nuevo molino, el de abajo, ya se hacía automáticamente. Era un molino muy distinto y la harina resultante tenía mejor calidad. El trigo cuando llegaba a la piedra ya estaba limpio, pues previamente había un sistema de limpieza automatizado que eliminaba semillas, piedras, arena y además la harina ya salía cernida”.

Con orgullo Luis nos relata que en el molino hubo luz antes que en Ejulve. Su abuelo hizo un salto junto al molino con un tubo para mover una dinamo y hacer luz. Así tenían luz en la casa y también en el molino de abajo para moler por la noche.

El molino dejó de funcionar en 1968. “Aquí venían de los pueblos de alrededor, venían con un camión hasta la venta del Cuerno y de allí se llevaba el cereal al molino y viceversa. En aquellos tiempos era la industria fuerte de este pueblo. Pero quedó obsoleto, pues se instalaron fábricas en Alcorisa y otros pueblos. Además, la gente ya no tenía tiempo para bajar, dejar el trigo y luego volver a buscar la harina. Poco a poco fue esto para abajo. Mi abuelo quiso subir el molino a Ejulve, pero ya calculaba que no sería rentable”.

La conversación termina aquí. Ha sido muy ilustrativo conocer los últimos años de funcionamiento de los molinos de Ejulve *in situ* y, además, de la mano del último molinero, Luis, que antes de despedirnos nos confiesa la alegría que le produce que el molino vuelva a la vida, aunque ahora su uso sea solo residencial.



La casa del molinero.

Las grisallas de Estercuel

Beatriz Ara Comín
Fotografías de JAP



Grisalla ubicada en el salón principal. Friso superior con el detalle de unas letras y guirnalda con cabeza de culebra.



Grisalla ubicada en el salón principal. Representa una persona sedente.

La Asociación Cultural Jóvenes Estercuelanos ha descubierto en las paredes de su sede una serie de pinturas realizadas con la técnica de la grisalla, que consiste en utilizar una escala monocromática de tonos de grises para crear un efecto escultórico de las imágenes pintadas. La sede se cree que formaba parte del antiguo ayuntamiento, construcción palaciega probablemente del siglo XVI, y estas pinturas murales —muy similares a las del convento de las Madres Agustinas de Mirambel— están ubicadas en lo que pudo ser el salón principal de reuniones y en la escalera. Las catas realizadas apenas permiten intuir qué temática podrían tener, aunque se percibe un friso superior en el que hay una serie de letras y otro por debajo con una decoración de guirnalda con motivos vegetales acompañadas de cuerpos de culebras. En el resto del muro se observan figuras humanas sedentes o de pie vestidas con trajes de la época.

Actualmente la estructura de la edificación está muy alterada, ya que fue cambiando de función convirtiéndose en una vivienda de particulares y dividiéndose en dos partes. Es probable que tuviera una torre lucernaria a día de hoy truncada con un tragaluz en la parte superior, que ilumina la escalera. Esta asciende en espiral, con una barandilla de madera antigua que le da un carácter señorial y da acceso a las estancias de la edificación.

Las grisallas también se encuentran en estado de conservación precario debido a la acción de varios agentes erosivos como son la humedad, los cambios de temperatura y los elementos biológicos. Además de todas estas circunstancias fruto del paso del tiempo, las pinturas también han sufrido por los cambios arquitectónicos debido a rupturas provocadas por la adaptación de estilo y uso del edificio por lo que se han abierto vanos donde no había, para colocar puertas, ventanas y calefacciones dañando las pinturas subyacentes.

Aparte, los muros de la edificación presentan una superposición de morteros que cubren y alteran la policromía original de las grisallas. Todas estas intervenciones se han visto agravadas por las capas de pintura y papel de forrar paredes que se han ido quedando pegados a la policromía pudiendo provocar estrapos (arranque de la pintura original). En los mismos muros se han abierto orificios para la colocación de vigas estructurales de hierro porque las originales de madera se habían doblado sobre todo por la humedad.

La asociación que ha descubierto este tesoro ha pedido a la Fundación Santa María de Albarracín que haga una valoración de las pinturas y un presupuesto para su recuperación. Los restauradores de dicha fundación, una vez analizada la obra, han enviado un diagnóstico en el que dejan claro que las grisallas tienen valor y que deben sacarse a la luz devolviendo al edificio la importancia que tuvo. El montante de esta obra asciende a unos 27 000 euros, aunque en el informe se advierte que esa cifra podría variar si, al intervenir, aparecen situaciones no previstas que necesiten otras actuaciones de restauración.

Los miembros de la asociación se han puesto manos a la obra para obtener por medio de subvenciones o ayudas el dinero para la recuperación de este patrimonio estercuelano y, por ende, de la comarca. Así, han ido llamando a diversas puertas, para empezar a Patrimonio de Teruel para que valoraran la obra y obtener algo para iniciar la restauración. Desde la Comarca su presidenta, Marta Sancho Blasco, mostró un gran entusiasmo ante el descubrimiento. También se llamó a la puerta del Parque Cultural del Maestrazgo ante la posibilidad de derivar alguna ayuda para patrimonio artístico. Todas las instituciones han mostrado interés y han valorado las grisallas, pero ninguna se ha decidido todavía a ayudar a la asociación. De momento, unos han dado largas y otros han respondido con su silencio.